

conciencia del «factor Dios», real y operativo, «presente en la vida como si efectivamente fuese dueño y señor de ella», y desterrarlo. «No le faltan enemigos al espíritu humano —concluía el artículo— mas ése es uno de los más pertinaces y corrosivos».

La tesis como tal no es ni original ni verdadera. De probar ambas cosas se ocupó Chesterton hace casi cien años al dedicar una extraordinaria novela a responder, precisamente, a este tipo de posiciones que él caracteriza como propias del hombre ‘moderno’².

La novela trata de la movilización de una nación entera, Inglaterra, para evitar que dos tipos que se han tomado en serio la cuestión de Dios se enfrenten entre sí por esto. En el arranque de la obra, un joven escocés recién llegado a la bulliciosa Londres tropieza por casualidad, al lado de la Catedral de San Pablo, con una librería llamada *El ateísta*, en la que se expone en el escaparate una imagen de la Virgen con una declaración blasfema. El joven, católico y de noble naturaleza, rompe el escaparate y busca al autor de la blasfemia para exigir rectificación. Puesto el incidente y el responsable ante la autoridad judicial, el diálogo que el joven mantiene con el juez acerca de la rotura del cristal hace manifiesta estas distintas racionalidades: la del hombre moderno y liberal, que ha desterrado el factor religioso de la esfera pública de los asuntos humanos, y la del hombre antiguo, que vive a partir de ese factor.

La racionalidad moderna, que excluye la dimensión religiosa de la vida del hombre, viene representada por el juez, un funcionario —Chesterton no da puntada sin hilo— bondadoso y componedor, bien dispuesto hacia el joven, inclinado a la disculpa, pero irritado por los motivos religiosos que el joven da a su acción,

«Es una impertinencia hablar de tales cosas en público, ante un tribunal.
La religión es una cuestión demasiado personal para mencionarla en este sitio»

Por su parte, el segundo tipo de racionalidad está representada por el joven que ha roto el escaparate: un hombre que llega por primera vez a la gran ciudad, un hombre en cierto sentido de ‘mirada limpia’, que sostiene razonablemente la posición contraria:

«Si hubiese dicho de mi madre lo que ha dicho de la Madre de Dios, no

² CHESTERTON, G. K, *The Ball and the Cross* (1910). La obra está traducida al castellano con el título *La Esfera y la Cruz*.

se encontrarían en Europa personas de honor que negasen mi derecho a retarle. Si lo hubiese dicho de mi mujer, vosotros, ingleses, me habríais perdonado que lo apalease como a un perro en medio de la calle. Sepa su señoría que yo no tengo madre ni mujer. Tengo únicamente lo que tiene el pobre como el rico; lo que tiene el hombre solo igual que el de muchos amigos. Todo este mundo, extraño para mí, me acoge porque en lo más íntimo de él hay un hogar; este mundo cruel es benigno conmigo porque más alto que los cielos hay algo más humano que la humanidad. Si un hombre no riñe por esto ¿por qué reñirá? Yo reñiría por un amigo, pero si pierdo a mi amigo, yo permanezco. Yo reñiría por mi país, pero si pierdo a mi país, aún existiría yo. Pero si lo que este demonio sueña fuese verdad, yo no existiría..., reventaría como una burbuja, desaparecería. No podría vivir en un universo imbécil. ¿No he de reñir por mi propia existencia?»

Ésta, que paradójicamente también es la posición del librero ateo, un sujeto que se toma en serio la cuestión de la existencia de Dios, en este caso su inexistencia, es la posición de quien reclama para la vida, privada y pública a la vez —la única vida que conocemos—, un fundamento incommovible. La de quien sostiene que el valor de la vida, personal y civil, descansa en su significado; y esto es, por lo tanto, a lo primero que hay que prestar atención. Porque no es posible vivir en «un universo imbécil».

No pretendo afirmar que Saramago no sostenga esto mismo, que es preciso un consenso, llamémosle ‘dogmático’, sobre las cuestiones más fundamentales que sostenga la vida civil. Lo que afirmo es que él no da una respuesta a la altura de la pregunta que se formula.

A mucha más altura está el segundo tipo de reacción, también plasmada en un muy conocido artículo. Reacción sólo aparentemente distinta de la de Saramago, pero esencialmente complementaria. El artículo, publicado originariamente en italiano y escrito en forma de carta al director del periódico *Corriere della Sera* por la periodista italiana Oriana Fallaci, se titulaba «la rabia y el orgullo», y pronto se tradujo y se publicó en periódicos de todo el mundo y, con el tiempo, dio lugar a un libro. La autora italiana viene a sostener que lo que los terroristas islámicos han atacado es una civilización, nuestra civilización, de la que la fe cristiana forma parte como un elemento cultural más.

Muy interesante y polémico, el artículo se sostiene sobre una serie de premisas sorprendentes e interesantes para la exposición que propongo. En primer lugar, para Fallaci, el ataque contra Nueva York es un ataque contra todo Occidente

y, por tanto, contra nosotros directamente. Dice textualmente: «cuando está en juego el destino de Occidente, la supervivencia de nuestra civilización, Nueva York somos todos nosotros. América somos todos». En segundo lugar es interesante el valor que concede en el artículo a la unidad que el pueblo americano ha manifestado a raíz del atentado, unidad a la que concede un cierto valor argumentativo a favor de aquel modo de organización civil. Por último, Fallaci señala sin dudar que el origen de esa unidad se encuentra en el amor a la libertad sobre el que se ha edificado la nación americana.

Con todo, lo más interesante es el modo como describe esta libertad sobre la cual se sostiene la unidad del pueblo americano, porque la descripción que hace sí está a la altura de la exigencia humana. Esta libertad es una libertad que, dice textualmente, ‘*rescata*’ al hombre.

«A mi juicio, Estados Unidos rescata a la plebe. Son todos plebeyos en Norteamérica. Blancos, negros, amarillos, marrones, violetas, estúpidos, inteligentes, pobres y ricos. Incluso los más plebeyos son precisamente los ricos. En la mayoría de los casos son maleducados y groseros (...) pero están *rescatados*. Y en este mundo no hay nada más fuerte y más potente que la plebe rescatada. Te rompes siempre los cuernos contra la plebe rescatada.»

No es posible saber el sentido que atribuye al término ‘rescatar’, pero sí es posible imaginarlo a partir de la pasión con la que escribe y de la experiencia común a todo hombre de la necesidad de ser ‘rescatado’.

Esta línea argumental: la experiencia de la necesidad de ser rescatado, un rescate que se obra en el seno de una comunidad civil, comunidad cuya unidad constituye el signo de su fortaleza y que ésta se construya a partir del afecto a aquello que la funda, es —en pura teoría política— una línea argumental correcta y, por ello, merece ser juzgada y contrastada con la propuesta que la tradición católica porta en su historia.

Ésta es la que debemos analizar a continuación, porque ella nos va a proporcionar la posibilidad de entender lo que de verdad y limitación hay en el artículo de Fallaci. Limitación que la experiencia ha puesto de manifiesto y a la que ella misma no puede dar respuesta. En esta capacidad de dar una respuesta exhaustiva a los datos que la experiencia manifiesta y a resolver los conflictos no resueltos que se dan dentro de la propuesta moderna se manifiesta la superioridad de una propuesta sobre la otra.

Pero exponer la concepción política católica es complejo, por eso nos vamos a limitar a dar tres pinceladas que pretenden mostrar aspectos distintos y complementarios. De la suma de los tres debiera surgir cierta inteligibilidad.

La primera pincelada está referida a la naturaleza y razón de la condición política del hombre.

* * *